

rodeó con su cuerpo de serpiente al cuerpo de Budha y le cubrió con su hinchado cuello para protegerle contra el temporal, y lo mismo hicieron otros reyes de serpientes que acudieron del Este, Sur, Oeste y Norte. Cuando al cabo de algunas semanas hubo cesado la tempestad, desarrollaron los jefes de las serpientes sus cuerpos y regresaron á sus moradas, después de haber hecho los saludos más respetuosos, inclinando su cabeza y dando tres vueltas alrededor de Budha.

Budha pasó la sexta semana al pie de un árbol llamado *ñagrodha* á orillas del Nairanshana. Allí vivían muchos maestros con sus discípulos, ascetas y otros anacoretas, que acudieron para preguntarle por su salud y cómo había pasado la tempestad. Entonces formuló Budha

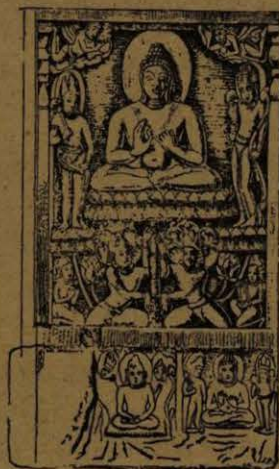


Imagen de Budha en un templo de Ceilán.

esta sentencia: «Este mundo arde en sensualidad, y á pesar de su temor ante el peligro que corre, sigue el impulso de su vida material.» Pasó la séptima semana al pie del árbol de la salvación, llamado *tarayana*. Entonces sucedió que dos hermanos comerciantes, Trapusha y Balica, pasaron por aquella comarca en su viaje al Norte de la India, de donde eran originarios, con su caravana formada de 500 carros cargados de riquísimas mercancías y gran número de hombres. Habían salvado en su larga expedición con toda felicidad muchos peligros y obstáculos, cuando al llegar cerca del árbol de la salvación se vieron detenidos, hundiéndose las ruedas de sus carros en el suelo y sin poder hacer andar el ganado. Espantados los dos hermanos, enviaron jinetes en todas direcciones para descubrir la causa de la alarma del ganado, pero nada descubrieron; sólo oyeron la voz de una diosa de la selva que les dijo: «Nada temais.» Y pasando adelante vieron al Budha en su hábito de monje mendicante y habiendo llegado la hora de comer, comprendieron que era necesario dar su parte al monje, pues en el instante de verle una voz divina que decía

«Es el Budha venido para la salvación del mundo, y si queréis alcanzar la bienaventuranza dadle de comer cariñosamente.» No estando preparados, tomaron lo que tenían, miel, torta de pan y azúcar de caña, y haciendo los saludos más respetuosos ofrecieron al monje suplicándole que se dignara aceptar su ofrenda. No había tomado el Budha ningún alimento, ni comida ni bebida, desde el plato de arroz con leche y miel que le había preparado Sudyata, y desde aquel día había desaparecido también su olla de barro de monje mendicante. Los cuatro guardas del mundo observaron esta falta y ofrecieron al santo varón fuentes de oro, que este último no aceptó, é igualmente rechazó otras fuentes ó escudillas preciosas, como eran las de lapislázuli, de zafiro, etc., que le presentaron los dioses. Finalmente le llevaron cada uno una fuente hecha de piedra común, que aceptó, y para no lastimar á ninguno de los cuatro dioses dadores, unió las cuatro escudillas de piedra en una sola, de la que se sirvió en adelante. En esto había llegado la hora de ordeñar las vacas de la caravana, y los dueños ofrecieron la flor de la leche al iluminado perfecto, el cual admitió bondadosamente la ofrenda y dió á los dos comerciantes su bendición. Al bendecir á los dos hermanos, anuncióles que en otra vida futura llegarían á un alto grado de iluminación. Esta fué la primera predicción y promesa de Budha. Los dos hermanos comerciantes y todos los compañeros de viaje se hicieron adeptos de Budha, y fueron los primeros hermanos laicos de la comunidad budhista.

Budha volvió á sentarse al pie del árbol de la salvación y meditó sobre su doctrina, diciéndose á sí mismo: «Mi doctrina es profunda, complicada é inaccesible á las inteligencias comunes; por tanto, no quiero enseñarla y prefiero continuar en mi silencio.» Pero el gran Brahma, el señor de los tres millares de miles de mundos, había determinado otra cosa y haciendo resonar su voz por todos los cielos, dijo: «El mundo acabará y se hundirá, porque el que ha alcanzado la perfección no quiere enseñar mi ley.» Entonces acudieron grandes masas de dioses superiores y con ellos marchó Brahma adonde estaba Budha y le suplicó que enseñara su ley, la ley de Budha, y éste, sin salir de su silencio, le significó que cumpliría su deseo. Volviendo, sin embargo, á encontrar nuevas dificultades para cumplirlo, se le acercó

Sacra, á excitación del gran Brahma, con las multitudes de dioses de las regiones media é inferior, y le suplicó respetuosamente que se levantara y comunicase al mundo, obcecado y sumido en las tinieblas, la luz de su iluminación. El Budha continuó en su silencio, y volviendo á suplicarle el gran Brahma, dijo: «Si enseñase mi ley no sería comprendida, lo que para mí sería doloroso, y por esto quiero continuar en mi silencio.» Con esta contestación se retiraron los dioses tristes y afligidos.

Por tres veces se resistió Budha á satisfacer el deseo de los dioses y á proclamar su ley; pero un día, al dirigir su mirada iluminada sobre el pueblo de Maghada, pensando en su obcecación y errores, distinguió tres clases de inteligencias, y se dijo: «Una parte de esta gente quedaría esclava del error aunque enseñara yo mi ley; otra parte, que anda por buen camino, me comprendería naturalmente, pero la tercera parte, ó sean aquellos que oscilan entre los dos extremos, nunca podrían seguir mi ley si no la enseñase y si la enseñase hay la posibilidad de que me entendiesen.» La compasión que esta clase le inspiró, determinó entonces al Budha á proclamar su ley, y así lo participó al gran Brahma, que había vuelto á sus súplicas y á excitar su compasión.

Al oír esto Brahma se retiró muy gozoso y pronto resonaron todos los cielos de júbilo, y lluvias de flores y perfumes cayeron sobre Budha que empezó á proclamar su ley, como veremos, en el «Bosque de las gacelas» en Varanasi.

Reflexionando sobre las personas á quienes comunicaría primero su doctrina, pensó en los dos maestros Rudraca, el hijo de Rama, y Arada Calapa, en cuyas escuelas había estado; pero pronto vió con su vista espiritual, y los dioses se lo confirmaron, que los dos habían muerto, el primero hacía siete días y el segundo sólo tres días. Quedaban aquellos cinco compañeros suyos que le habían abandonado al ver que renunciaba á sus mortificaciones y se habían dirigido al bosque de las gacelas en el país de los casis; y allí se decidió él á pasar para proclamar su doctrina. Dejó, pues, su trono al pie del árbol de la ciencia, atravesó el país de Maghada y se dirigió al de Casi.

En el camino, antes de llegar á Gaya, encontró á un monje mendicante llamado Ayivica, que le dijo: «Cuán claras, puras y serenas están tus facultades, Gautama, y cuán hermosos son

tu color y aspecto! Redonda y lustrosa como la luna de otoño es tu cara. ¿A qué escuela perteneces, Gautama?» A esto contestó el Budha: «No tengo maestro, ni hay quien se me parezca; yo soy el único iluminado que ha alcanzado la perfección y la tranquilidad de espíritu.» «Pues bien—le replicó el otro—, á mí bien me reconocerás la categoría de *arhant*, de maestro venerable.» «Yo soy *arhant*, soy el maestro supremo y no tengo rival ni entre los dioses, ni entre los asuras y *gandharvas*», le contestó Budha, y el otro dijo: «Entonces me reconocerás el título de *shina*, vencedor» á lo cual respondió Budha: «Vencedores se llaman aquellos que como yo han vencido todos los defectos; yo he vencido el mal y así soy yo el vencedor.» Preguntó Ayivica á Budha adónde iba, y éste le dijo que iba



Imagen de Budha en meditación.

á Varanasi, á la ciudad de los casis.

«Quiero—añadió—, con una luz incomparable iluminar aquel mundo obcecado; tocaré el tambor de la salud del alma y daré á la rueda de la ley un impulso que nunca ha tenido.» A esto contestó el otro: «Cúmplase tu deseo, Gautama.» Y dicho esto tomó la dirección del Sur, mientras Budha siguió su camino en dirección Noroeste.

En todas partes por donde pasó el Budha fué recibido con amor. Al llegar á orillas del Ganges estaba crecido el río y al entrar en la barca le pidió el barquero el precio del pasaje. «No tengo dinero», le dijo Budha, y diciendo esto, elevóse en el aire y pasó volando á la otra orilla. El barquero quedó consternado y sintió haber negado el pasaje gratuito evidentemente á un santo. Cuando el rey Bimbisara supo lo sucedido, mandó que en lo sucesivo fuesen trasladados gratis á la otra orilla todos los monjes ambulantes.

lejos concertaron la manera de recibirle, diciendo: «Ahí viene aquel Gautama, aquel goloso que no supo continuar sus abstinencias. Si entonces no supo llegar á la sabiduría sublime, menos habrá llegado ahora, que está hartado. No saldremos á recibirle ni nos levantaremos de nuestros asientos, ni le quitaremos la capa ni la olla, ni le ofreceremos de comer y beber ni un taburete; que se siente donde pueda.» Así dijeron, y solo Aynata-Caundiña no tomó parte en la conversación. Pero á medida que se aproximaba el Budha, los cinco se iban inquietando en sus asientos, hasta que á semejanza de un pájaro encerrado en la jaula, que no está bien en ninguna parte, se levantaron todos cinco sin saber cómo y fueron á recibir al santo perfecto. Uno le quitó respetuosamente la capa y la olla, otro le preparó un asiento, un tercero le puso un taburete, el cuarto corrió á presentarle agua para lavarse los pies y todos juntos le dieron la bienvenida. Aceptó el santo perfecto, los cinco compañeros se sentaron cerca de él y le entabló la conversación. Todos le hablaron como lo había hecho Ayivica, alabando su aspecto hermoso y su inteligencia clara. «Quizás—dijo uno—, has tenido una revelación sobrehumana.»

«No me tratéis como igual—dijo Budha—, porque me ha sido revelado el camino de la inmortalidad; soy Budha, el que todo lo ve y todo lo sabe, el que no tiene mancha y el que ha mostrado la tranquilidad anhelada. Dueño de la verdad, os la comunicaré; venid y escuchad. Enseñados por mí quedaréis purificados, y habiendo penetrado la verdad habréis adquirido la sabiduría verdadera. Entonces ya no habrá necesidad de nuevas vidas, entonces conoceremos claramente la vida que exige Brahma, y obrando conforme á su ley no tendremos ya que pasar por nuevas vidas.»

Para probar á sus antiguos compañeros la verdad de lo que decía, les repitió cuanto habían pensado y concertado al verle llegar; y entonces acabaron todas sus dudas y quedaron convencidos. Arrepentidos y humildes, arrojáronse á los pies del santo y le reconocieron por maestro, llenos de amor, confianza y veneración, y Budha comprendió que había encontrado el lugar á propósito para empezar la propaganda de su doctrina. Salió de él una claridad como la que al realizarse su nacimiento penetró en los abismos más profundos del infierno; la tierra se conmovió, y como entonces quedaron cal-

madadas todas las penas, discordias y calamidades, y reinaron en su lugar en todas partes la paz, la concordia, la alegría y la satisfacción. Se oyeron voces que glorificaban al que había llegado á la perfección y había venido á enseñar su ley. Innumerables dioses de todos los cielos, los cuatro dioses custodios del mundo, Indra y Brahma, todos acudieron, se inclinaron ante Budha, celebraron su caridad y compasión, y le suplicaron que predicara su doctrina para libertar este misero mundo. En las alturas apareció una rueda de oro y de piedras preciosas, y el dios que tenía esta rueda, la de la nueva ley, excitó á Budha á cumplir su promesa. Budha pasó en silencio el primer tercio de la noche; amenizó la segunda vigilia con agradable plática, y en la tercera se dirigió á los cinco oyentes en estos términos:

«¡Oh monjes mendicantes, sabed que los extremos deben ser evitados por los devotos peregrinos de este mundo. Innoble es el esclavo de placeres materiales como la gula: jamás entrará en la senda que conduce á Brahma; jamás se verá libre de pasiones ni indiferente á las vicisitudes terrenales; jamás llegará al conocimiento supremo ni á la absorción en el ser infinito. Pero, por otra parte, no amará al prójimo ni hará más que padecer aquel que debilita su cuerpo con abstinencias y maceraciones, y ni en esta vida ni en otra venidera producirá otra cosa más que penas y dolores. Apartaos, pues, de los dos extremos y escoged un camino medio, el verdadero, en lo que toca á la opinión, á las palabras, á la conducta, á los esfuerzos, pensamientos y meditaciones.»

«Estas—continuó diciendo el Perfecto—, son las cuatro verdades sublimes: el padecimiento, el origen del padecimiento, la supresión del padecimiento y el camino que conduce á esta supresión. ¿Qué es ahora padecimiento? Padecimiento es la vida, es el nacer y renacer, la vejez y la caducidad, las enfermedades, el morir, el estar separado de lo que se desea, y el estar unido á lo que no se quiere; el no poder alcanzar lo que se anhela; en fin, la quintuple predisposición á la existencia: todo esto es padecimiento. ¿Cuál es el origen del padecimiento? La tendencia á existir y volver á existir, sed y gusto á la vez que impelen á ello; tal es el origen del padecimiento. ¿Cuál es la supresión del padecimiento? Es la supresión de aquella sed, afán y gusto á la vez, de aquella tendencia á existir y volver

á existir. Esta supresión impersonal, sin pasión ni afecto, es la supresión del padecimiento. ¿Cuál es, pues, el camino que conduce á la supresión del padecimiento? Es la sublime senda, es decir, el justo modo de ver; la justa, correcta y acertada meditación. Este camino es la cuarta de las cuatro verdades sublimes, á saber: el padecimiento, su origen, su supresión y el camino que conduce á ella, todo lo cual me ha ocurrido á fuerza de meditar y volver á meditar, y se me ha esclarecido. Es preciso comprender este padecimiento, su origen, su supresión y el camino que á la supresión conduce, me dije á mí mismo, y á fuerza de meditar profundamente llegué á saberlo. Después me dije: ya está comprendido todo; y hasta haber comprendido estas cuatro verdades sublimes, no pude decir que había alcanzado el conocimiento perfecto; pero una vez alcanzado, he terminado mi carrera: mis vidas, nacimientos y renacimientos. Mi vida monástica, con sus ejercicios y mortificaciones, ha cesado, y no renaceré ya.»

Caundiña, llamado Ashnata (el conocedor), fué el primero que comprendió y se convenció de la verdad de la doctrina; luego la comprendieron sus cuatro compañeros y todos reconocieron á Budha por maestro suyo. Con esto quedó constituida la primera comunidad budhista, «la triple joya sagrada, formada por Budha, su doctrina y la comunidad». Desde aquel instante resonó por todos los cielos y por todo el ámbito del universo la fama de Budha, el sabio sakia, el de «décuple fuerza», que desde el bosque de las gacelas de Varanasi ofrecía la salvación á todos los seres. Centenares de millares de dioses y de espíritus acudieron en grandes masas á recibir la prometida ley de Budha y vieron claro. Los budhas anteriores y bienaventurados suspendieron su enseñanza y escucharon silenciosos. Sus discípulos, centenares de millares, que habían emprendido el camino del conocimiento sublime, supieron de sus maestros lo sucedido, es decir, que el sabio perfecto había puesto en movimiento por compasión y caridad la rueda de la salvación, y movidos también por el amor, exclamaron todos: «También nosotros imitaremos la virtud y fortaleza de este maestro y pronto podremos distribuir como él al mundo la luz y la ley.»

Entre los espíritus celestes y bienaventurados que acudieron cuando la fama anunció la predicación de Budha, se encontró igualmente el

divino bodhisatva Maitreya, el ungido sucesor de Budha en el cielo y al cual éste había prometido una exaltación mayor que todas las conocidas, indescriptible, inmensa é incomparable.

La doctrina de
La doctrina ó ley de Budha. Budha tiene por base, como dice la leyenda, el amor y la compasión que impelieron á Budha á romper su silencio y á proclamar y enseñar el camino de la salvación. En efecto, el amor y la compasión para con todos los seres son el rasgo instintivo del budhismo; y si Budha enseñó realmente algo nuevo entre lo que le atribuyen las leyendas, fué ciertamente el amor y la compasión, y nada más, porque de sus otros dos objetos, la liberación y la salvación, ya habían tratado constantemente, las escuelas y las especulaciones brahmánicas. La resolución de predicar el amor y la compasión fué probablemente la que venció la inacción de Budha, á quien costaba mucho trabajo abandonar su vida contemplativa y satisfacerse para convertirse en apóstol. Cuando salió al público no expuso ni las razones que exigían el amor y la compasión, ni su objeto, sino los padecimientos y los cuatro puntos ó verdades que conducían á su supresión.

Con esto Budha formuló la base y la verdad de su doctrina, y luego explicó lo que era padecimiento. El fondo de esta doctrina es, pues, pesimista y fruto de las ideas brahmánicas que consideraban el mundo perceptible como mera ficción. En el concepto de Budha todo lo existente era efímero y variable más que una ficción, y por esto le causaba más dolor y sentimiento. Todos los seres, todo lo creado es pasajero, se había dicho Sidarta al oír cantar á las mujeres de su palacio. Todo lo que tiene forma es efímero, sufrimiento y falso, y «quien esto sabe y ve, soporta todas las penas con paciencia», dice la leyenda. Sólo el reposo es invariable, todo lo demás está siempre en movimiento; es formación, existencia y destrucción, nacimiento, muerte y renacimiento. «¿De donde viene el deseo? ¿Cuál es su causa y la de nuestra existencia repetida?» —dice Budha—. La percepción ó sensación es la causa del deseo; y la percepción ó sensación reconoce por causa el tacto por medio de la vista, del oído, del olfato, del gusto, de la piel, de la sensibilidad ó del corazón.

La conciencia reconoce por origen las im-

presiones, y éstas suponen ignorancia, de suerte que la ignorancia es la causa original que da lugar á impresiones, ficciones y disposiciones que producen afecto ó desafecto, desagrado, anhelos, etc., y estas sensaciones juntas forman la conciencia personal del individuo. Esta conciencia se va desarrollando y llega por la continuación á «la concepción» (afecto, tendencia), que conduce, como se ha dicho antes, al deseo. La causa original es, pues, la ignorancia, cuya palabra y cuya significación eran ya corrientes en la ciencia brahmánica cuando las adoptó el budhismo. La ignorancia y la ficción, con su mundo aparente, perecedero y de placeres, son las que con sus formas ó creaciones dan origen á una conciencia y ésta produce nombres y formas (ó sea objetos ó cosas) que dan lugar con el auxilio de los sentidos á personas, existencias ó seres que nacen, tienen conciencia y padecen, y vuelven á nacer, á existir y á padecer. La supresión del padecimiento se consigue, según Budha, con la supresión del deseo. El deseo es la manifestación de la conciencia del individuo; y si con la conciencia empieza el conocimiento de sí mismo, y si este conocimiento nace y progresa con la sensación y la percepción, recibiendo impresiones ora agradables, ora desagradables ó indiferentes, que dan lugar al deseo, el ser individual llega entonces á manifestarse positiva y decididamente. Así lo comprendió y explicó Budha á sus discípulos; y por medio de la investigación y exposición de la causa original, enlazó con el deseo el afán de buscar y conservar lo que gusta y halaga y el de huir de lo que disgusta y perjudica, ó sea las pasiones todas, el amor, la codicia, la envidia, la avaricia, la lucha, el odio, la mentira, la maldición, las imprecaciones, todos los accidentes culpables y todas las lesiones de lo justo. Desear existir engendra la existencia; y por el contrario, contener el deseo, el afán y sed de existir, detiene las consecuencias y suprime el existir y el volver á existir. La antigua tradición hace decir á Budha que con la supresión del deseo se suprime la ignorancia (de las cuatro verdades ó puntos sublimes), causa original ó fundamental; y suprimiendo la causa se suprimen sus efectos y consecuencias. Con la supresión de la ignorancia desaparecen las imaginaciones y con éstas la conciencia, etc. Es decir, que suprimiendo el deseo, se quita de la cadena de las causas y resultados sucesivos el eslabón más

robusto y quedan detenidas las consecuencias originadas ya, y de consiguiente suprimidas del todo las ulteriores. El modo de llegar á este resultado nos lo enseña la cuarta verdad sublime, que es la del camino.

Este camino se divide en ocho partes que tienen sus nombres particulares, porque el budhismo, que desde un principio manifestó tendencias escolásticas, lo ha clasificado y numerado todo. El nombre de cada una de las ocho partes va acompañado del adjetivo «justo» en el sentido de acertado y cabal. El modo de ver justo, correcto y cabal, conduce á la renuncia de toda duda, oscilación y elección; renuncia que supone, entre otras cosas, una sólida fe budhistá y un juicio recto, acertado y puro.

La resolución justa es una consecuencia de lo anterior.

La palabra justa significa veracidad y lealtad acrisoladas, francas y amables, es decir, el lenguaje llano y sincero.

El procedimiento justo significa la conducta recta que no deja medrar ninguna maldad.

El justo modo de vivir, es la manutención, que no pasa los límites de la satisfacción de las necesidades, y no conoce deseo ulterior, ni perjudica ni lesiona á otros. Estas cinco partes del camino encierran una moral universal aplicable á todo el mundo y á todos los tiempos y épocas.

La sexta parte del camino es «el esfuerzo justo» ó sincero, es decir, la práctica asidua de cuanto ayuda á llegar al objeto principal.

La séptima parte es la de la «meditación justa», el espíritu piadoso que nada olvida y siempre tiene presente todo lo que conviene para alcanzar la salvación.

Finalmente, la octava parte consiste en la justa concentración y abstracción profunda de todo lo mundano y de cuanto no puede conducir á la salvación y á la tranquilidad del espíritu.

Esta doctrina no tiene por cierto nada que sea exclusivamente budhista, porque era á propósito para todo joven arya que salía de la escuela y entraba en la vida práctica. Lo mismo puede decirse de las últimas tres prescripciones en cuanto recomiendan energía, memoria y atención; pero Budha, al considerarlas como partes de su sendero sublime, les dió una significación más elevada y especial, haciendo de la profunda moral que respira toda la doctrina budhista, el camino de la salvación, y uniendo íntimamen-

te la moral á la sabiduría para alcanzar el fin supremo.

Ahora ¿en qué consiste la salvación budhista, que es la *nirvana*, ó extinción en el Ser Supremo, y que se alcanza con la supresión del deseo, de la ignorancia, de la existencia y de los padecimientos? Esta pregunta debe de haber sido hecha desde muy antiguo, y habrá sido contestada con frecuencia. Budha y sus discípulos la contestan diciendo que la nirvana se encuentra donde no está el hombre. Donde está el hombre está la existencia, y donde se existe existen también la pena, el dolor, la inestabilidad, la ficción, en fin, todo este mundo. La nirvana está, pues, en el otro mundo. Nirvana es la muerte, ó se encuentra en la muerte, en una muerte después de la cual no hay renacimiento ni nueva muerte.

Resulta, pues, que la nirvana es la extinción completa, la disipación y el aniquilamiento de la existencia, de la individualidad, en la existencia eterna, absoluta y verdadera del Ser, ó sea del Brahma de los sabios brahmanes, pero no de Budha. Para el budhismo la existencia ó sea el ser, es una ficción, y por mucho que repugne á la humana inteligencia, no hay otra explicación ni otra palabra para expresar esta idea que la *nirvana* es la no existencia, el no ser ó el ser nada.

Para comprender la gran verdad de la existencia y de sus padecimientos y vivir conforme á esta verdad, no hay, para el budhista, otro medio que renunciar al mundo, á sus afanes y ficciones, retirarse á la soledad y hacerse anacoreta, porque éste nada posee ni casi nada necesita. En esto no hace la doctrina de Budha más que repetir lo que antes ya habían dicho y recomendado á los indios otros maestros y sabios. La santidad es la virtud y la sabiduría. Se diferencia el sabio del necio en que el necio no comprende ni sabe desprenderse de la sensualidad, de las pasiones ni del movimiento mundano y vive atribulado. «Tengo hijos y bienes, dice el que ni á sí mismo se pertenece; mientras el sabio no pide ni hijos, ni bienes, ni señorío; ha renunciado al ofuscamiento terrenal para dirigirse á la luz, y dejando tras sí todos los deseos no posee nada y se separa de todo lo que ofusque su meditación. El necio y el sabio se diferencian en que el primero va en pos de la riqueza y el segundo busca la nirvana, el reposo y la paz de la no existencia.»

Las partes del camino santo recomendadas por Budha corresponden al Decálogo, ó mejor

dicho al Pentálogo, y acaso están calcados sobre él. La observancia del Decálogo ó del Pentálogo asegura la vida moral de un pueblo, mientras el «camino» santo conduce á una perfección superior y eleva la moralidad general, recomendando la pureza en los pensamientos, en el lenguaje y en las obras.

Las dos partes especial y propiamente budhistas del camino de la salvación son las del «justo esfuerzo» y la «justa reflexión». Después de las maldades verdaderas, lo que más condena Budha es la pereza física ó corporal y la intelectual. Sobre esto dicen las sentencias: «El que nada piensa ni nada hace no tiene parte en la comunidad santa por mucho que sepa rezar y se parece al pastor que cuenta las cabezas de ganado de otro ganadero.» Otra sentencia habla de los que «hacen perezosamente lo que es bueno y les gusta lo malo». La intención del esfuerzo y de la reflexión cabales tiende todavía más lejos. Quiere que el adepto arroje de sí todo lo mundano y sensual con energía y decisión, y se concentre vivamente en sí mismo, pues que ambas cosas cooperan completándose mutuamente á guiar al sabio por estas dos partes del camino de la salvación sosteniendo activamente la vigilancia, que según una sentencia es la senda de la inmortalidad (es decir, de la nirvana), mientras la ausencia de reflexión, la pereza intelectual, conduce á la muerte. La concentración en sí mismo es, pues, el origen y comienzo de todas las virtudes; pero esta concentración no ha de ser una práctica ascética material como la de no moverse del sitio. El verdadero discípulo de Budha procede en todo con energía y brío, como un noble corcel que siente el látigo; se concentra, reflexiona y practica la virtud, medita sobre la ley santa y procura vencer la gran miseria de la vida con la actividad intelectual y física y una conducta intachable. «Los buenos trabajan en la perfección de sí mismos como los artesanos trabajan en su oficio». Siendo la compasión el impulso principal de todos los actos de Budha, la liberalidad y la caridad figuran á la cabeza de todas sus virtudes y de consiguiente se recomiendan á cuantos quieran seguirle.

Estaba sentado todavía Budha en el trono al pie del árbol de la ciencia, ó según otros, al pie del bananero del pastor,

deleitándose en la seguridad de su triunfo, cuando Mar, el espíritu protervo, volvió á presentarse delante de él y le excitó á pasar á la nirvana. Budha le contestó, como ya hemos dicho en otro lugar: «No entraré en la nirvana hasta que cuente con monjes ilustrados fieles á mi ley, aptos para enseñarla y defenderla contra sus adversarios; hasta que Budha, su ley y su comunidad estén firmemente establecidos.» Mara, al acercársele otra vez, le recordó esta contestación. Fué, según refiere la leyenda, poco antes de su muerte cuando Budha con su primo Ananda y demás compañeros y adeptos estaba cerca de Vaisali, y le dijo: «Ya puedes morir dichoso ahora; ya puedes abandonar esta vida; todo se ha cumplido á la letra, tu doctrina está admitida tal como deseaste.» Budha le contestó: «Ahora estarás contento, genio protervo, pronto cesaré de existir; dentro de tres meses morirá el hombre perfecto.»

En los cuarenta y cuatro años que según la tradición habían pasado entre la primera y la última contestación, había alcanzado Budha, efectivamente, el cumplimiento de sus propósitos. La *sanga* ó santa comunidad de adeptos y discípulos de su doctrina era un hecho y contaba con gran número de monjes y monjas, hermanos y hermanas que profesaban su ley, y además una multitud de adeptos legos de ambos sexos, oyentes atentos y guardadores celosos de su doctrina, con inteligentes y sabios en ella, aptos para enseñarla y defenderla como para rebatir victoriosamente las doctrinas falsas y propagar la verdad maravillosa.

La comunidad budhista nació como la doctrina en terreno brahmánico, terreno que es preciso conocer para comprender la nueva sociedad budhista. Era ésta una creación que sólo en aquel país y en aquel tiempo pudo nacer, crecer y desarrollarse, y que única en su clase nos presenta el cuadro de lo que realmente vió su fundador, á saber: una humanidad enferma que padece y anhela su salvación; ascetas, anacoretas de todas clases y categorías que recorren en grandísimo número el país, ya solos, ya en grupos; sabios y maestros rodeados de discípulos y adeptos atraídos por su fama. Estos grupos ó escuelas ambulantes se fijaron temporalmente en el punto que mejor les cuadró y al cual acudieron oyentes deseosos de conocer la doctrina de la salvación

y de salvarse. Estos santos maestros son, ó personas de edad que han abandonado el mundo, su casa y familia, ó bien jóvenes que han cumplido su tiempo de educación y aprendizaje en la escuela de un sabio, y que prefieren continuar su regla y vida nónicas, que ya hemos descrito, en lugar de regresar á sus hogares y fundar su casa y familias propias. En fin, vemos también grandes y numerosísimos pueblos impulsados por una fuerza irresistible á la vida ascética, religiosa, monástica, santa y mendicante. No debemos buscar la causa de este impulso tanto en las condiciones especiales del país, como en el sentimiento religioso y en el amor innato á la virtud que se han ido transmitiendo desde tiempos remotísimos de generación en generación en el pueblo indio-arya.

En el *Bosque de las gacelas*, en el país de Benares, á donde se habían retirado los cinco compañeros, sakias como Budha y animados como él de ardor religioso, fué donde Budha, convencido de su iluminación y santidad perfecta, expuso primero su doctrina, sus «verdades sublimes», y fundó después con los cinco la primera comunidad budhista. Caundiña fué, según la tradición, el primero que comprendió las verdades, y al conocerlo Budha, exclamó gozoso: «¡A-jnatal!» que quiere decir: «¡Has comprendido!» de donde quedó á este discípulo por sobrenombre *A-jnata*. Los compañeros siguieron su ejemplo; todos suplicaron al santo que les admitiera como discípulos y así lo hizo Budha, diciendo á cada uno: «Acércate, bhixu (monje mendicante, que ha hecho voto de pobreza y de renuncia al mundo), buena enseñanza es esta ley; observa una conducta santa y vencerás todas las penas.»

Así quedó constituida la primera comunidad budhista, compuesta de Budha y de sus cinco discípulos. Una noche, hallándose Budha paseando á orillas del Asi ó Varanasi que desemboca cerca de Benares en el Ganges, oyó desde la otra orilla á un joven de familia noble, llamado Yasas, que había huído de la casa paterna para buscar su salvación y que gritaba: «¡Sramana (anacoreta), yo padezco, yo padezco!» y el santo le contestó: «Ven acá, monje; aquí no hay ni padecimientos ni peligro.» Obedeció el joven, encontró el consuelo que buscaba y comprendió la nueva verdad. Al poco tiempo llegó también su padre, el cual había

encontrado las huellas de su hijo, que había dejado en la otra orilla sus zapatos bordados de oro; oyó el sermón de Budha y al día siguiente convirtiéndose á la nueva ley con su esposa y la de su hijo, y fueron los primeros miembros legos de la comunidad, pues el hijo, Yasas, entró como séptimo discípulo en la orden monástica. La comunidad se compuso, pues, desde entonces del maestro y de nueve miembros entre monjes y legos (el padre de Yasas y las dos mujeres), á los cuales se agregaron luego en calidad de monjes cuatro amigos de Yasas, cuyos nombres, Sin mancha (Vimala), Brazo hermoso (Subahu), Ganancia completa (Purnayit) y Señor de vacadas (Gavampati), parecen legendarios, pero indican la riqueza y posición elevada de los nuevos adeptos, que á su vez fueron seguidos por 50 otros jóvenes, hijos de las familias más notables de Benares. Todos escucharon las explicaciones del bondadoso santo y adelantaron rápidamente en el camino de la santidad, de suerte que la comunidad santa contó pronto 60 miembros. Toda la comunidad pasó la estación lluviosa en Benares ó en sus inmediaciones aprendiendo y enseñando á otros la nueva ley, como solían hacer otras comunidades monásticas, viviendo como ellas de las limosnas que les daban los particulares piadosos del país, que también cuando era menester les brindaban alojamiento. Mas adelante varios príncipes y otros protectores, ricos y piadosos, regalaron á Budha ó á sus discípulos terrenos y edificios para pasar en ellos la estación lluviosa. Estos edificios se fueron engrandeciendo; algunos llegaron á ser conventos monumentales con magníficas arcadas, agregándose á muchos de ellos pagodas ó templos suntuosos, jardines y otras obras en que rivalizan la naturaleza y el arte y que sorprenden al viajero.

Pasada la estación lluviosa el maestro reunió á todos sus discípulos y los envió á predicar por todo el mundo la doctrina de salvación. «Id—les dijo—, llevad la salvación y la felicidad á muchos pueblos, á los dioses y á los hombres, todo por misericordia. No vayáis dos por el mismo camino, y anunciad la doctrina magnífica desde el principio al fin. Predicadla en palabra y en espíritu, anunciad el camino purísimo y perfecto de la santidad.» Dicho esto, añadió que él iría á enseñar la ley á Uruvilva.

No es necesario referir todas las conversio-

nes que según la tradición se verificaron; pero por lo que toca á las de personajes notables, no es grande su número, y ha ta es muy pequeño si se exige comprobación histórica y se compara con el número de años que vivió Budha desde que empezó á divulgar su doctrina.

Después de pronunciar este sermón y de haber permanecido suficiente tiempo en la colina de Gaya, pasó con sus mil monjes hasta el bosque de bambúes de Radyagriha, precedido por su fama, que puso en movimiento toda la ciudad residencia del rey Bimbisara. Sabiendo el rey la proximidad del Budha salió á recibirle con una inmensa multitud, para ver y oír al «maestro de los dioses y de los hombres», al cual se acercó saludándole é inclinándose respetuosamente. El Budha, notando que en la multitud se manifestaban dudas sobre si él ó Casiapa-Uruvilva era el más grande de los dos, invitó á este último á declarar los motivos que le habían hecho abandonar el culto del fuego y su conversión al budhismo, á lo cual accedió Uruvilva diciendo que había reconocido que los sacrificios eran una cosa para los sentidos corporales y que de consiguiente los había abandonado porque le gustaba más aquella paz exenta de todo lo corpóreo y material, libre de concupiscencias y de la necesidad de renacer, dicho lo cual echó sobre el hombro su túnica y se prosternó ante el rey, exclamando una y otra vez: «Mi maestro, el Budha, es el más feliz y yo soy su discípulo.» Los que esto vieron y oyeron se convencieron de que el *sakia* (sabio) era el más grande de los dos.

Seguidamente predicó el Budha á la multitud, y ésta comprendió sus palabras y se convenció de que todo lo que nace perece. Después se presentaron muchos miles para declararse hermanos legos de la comunidad santa, y el rey Bimbisara mandó traer una copa de oro con agua y dijo que deseaba dar á la comunidad budhista un sitio tranquilo y agradable no lejos de su capital y que por lo mismo le quería regalar á perpetuidad el bosque de bambúes y su jardín real. En señal de donación echó agua de la copa en la mano que le alargó el Budha en prueba de que aceptaba el regalo, y después de haber entretenido al rey con otras explicaciones de su doctrina, se dirigió muy contento con su comunidad al bosque de bambúes, donde dijo á los monjes: «Os permito aceptar la donación.»

De esta manera adquirió la joven comunidad budhista un domicilio fijo y propio en el país, á la par que un fuerte apoyo en la persona del rey, lo que fomentó extraordinariamente su fama y crecimiento, así como su seguridad contra los ataques exteriores.

También se refiere que por aquel tiempo fueron á buscar á Budha una multitud de jóvenes distinguidos de Magadha para llevar bajo su dirección una vida santa, lo que excitó la envidia de otros maestros, y que también los habitantes del país empezaron á manifestar sus temores por la gran masa de discípulos que acudieron al santo, diciendo que si aquello continuaba, dejaría á todos los padres sin hijos y á las mujeres sin maridos y produciría la extinción de las familias.

Esto oyeron los monjes en todas partes y lo dijeron á su maestro, el cual les contestó que el alboroto á lo más duraría ocho días, y que cuando ellos lo oyese en, contestaran que los perfectos enseñaban á los hombres la verdadera doctrina y que no podría criticarse á los sabios si llevaban al hombre á la verdad. El pueblo lo comprendió, y efectivamente, á los ocho días había cesado el alboroto.

La leyenda refiere muchas otras conversiones, sobre todo de personas notables que en aquel primer período se agregaron á la comunidad budhista, como sucedió con Narada ó Nalada, sobrino del célebre poeta y cantor de himnos Asita, que después se hizo célebre bajo el nombre de su familia Catyayana, siendo conocido también por el Gran Catyayana. Más célebre fué todavía Casiapa, llamado también el Grande, que entró igualmente en la comunidad budhista cuando Budha se hallaba en Radyagriha. Las vidas de ambos están adornadas por la tradición con milagros.

En este primer período activo de predicación y de propaganda del Budha, se verificó su visita á su ciudad patria Capila, cuyo rey Sudhodana, habiendo tenido noticia de la estan-



Imagen de Pars Vanatha.

cia de su hijo en el bosque de bambúes de Radyagriha, había enviado mensajeros uno tras otro para invitarle á que le fuese á ver; pero todos los mensajeros se habían convertido é ingresado en la comunidad budhista y no habían vuelto. Entonces el rey, en su creciente deseo de ver á su hijo, envió á otro hombre de confianza con cartas para el hijo, haciéndole dar su palabra sagrada de volver con la respuesta aunque se convirtiera al budhismo. Este nuevo mensajero, que se llamaba Udayin ó Calodayin, cumplió su palabra, y volando, es decir, atravesando los aires, llevó al rey la contestación del hijo, el cual consentía en hacer á su padre una visita, pero suplicaba á su padre que le dejase vivir, no en la ciudad, sino fuera con sus discípulos en una *vihara* ó establecimiento monástico. Entonces fué cuando el rey hizo construir el convento.

Habíase fijado un día para proclamar solemnemente sucesor en el trono á Nanda, hermano menor ó hermanastro de Budha, casarle con su novia y establecer su casa. Pero aquel día muy temprano llegó el Budha y al marcharse dió á Nanda su olla de mendicante para que se la tuviera un momento en la mano y Nanda se la llevó hasta la *vihara* ó convento. La novia, viéndolo, quedó consternada y mucho más cuando supo que Nanda había ingresado también en la orden budhista.

Budha hizo entrar igualmente en la orden á su propio hijo Rahula, de seis años de edad. Había sido enviado por su madre, que le había dicho: «Aquel monje que resplandeciente cual otro Brahma va acompañado de veinte mil adeptos, es tu padre. Ve, pues, y pídele tu herencia paterna.» El niño obedeció y no se apartó del lado de Budha, suplicándole sin cesar que le diera su herencia. Al penetrar así los dos en el bosquecillo del convento, pensó el Budha: «Mejor que todos los bienes perecederos es aquel bien que se me reveló el pie del bodhi, ó árbol de la ciencia, y debo comunicarle á mi hijo.» Llamó, pues, á Sariputra, y le dijo: «Haz entrar á Rahula en la comunidad de la orden.» El rey se apesadumbró mucho de la admisión de su nieto en la comunidad y no lo ocultó á su hijo, el cual le prometió no admitir en adelante á ningún muchacho ó adolescente sin el permiso de sus padres. Budha, no obstante, consiguió propagar también su doctrina y atraer adeptos á su comunidad en su familia y ciudad pa-

tria. Ganó la voluntad de su padre doctrinándole muchas veces. Cuando salió de Capila, para regresar á Radyagriha, se detuvo en Anupia, ciudad de la Malla, donde se le presentaron otros parientes suyos, príncipes sakias notables, para ser admitidos en la comunidad, como Aniruda con su amigo Badrica y Devadata, que era á la vez primo y cuñado de Budha. También se le presentó Upali, el barbero de los príncipes sakias, que en lugar de regresar prefirió quedarse en la comunidad y fué ordenado antes que los príncipes, lo que obligó á éstos á inclinarse ante él y á renunciar á su orgullo de nobles. Sólo

Devadata se mantuvo inflexible y se mostró en adelante contrario y hostil al maestro, porque se había lisonjeado con la esperanza de suceder al rey en el trono, y había seguido á los otros más á la fuerza que por su voluntad. Una conducta enteramente contraria á la del anterior observó Ananda, hijo de Amritodana, que también entró en la orden entonces. Era

primo de Budha y tenía la misma edad que Rahula. Este se unió estrechamente á Budha y llegó á ser su favorito é inseparable compañero, y con el tiempo uno de los adeptos y maestros más célebres del budhismo.

El Budha, de regreso al Radyagriha, pasó la estación de las lluvias y también la siguiente en el bosque de bambúes, donde robusteció, amplificó y profundizó en el ánimo de sus discípulos el conocimiento de su ley, y acompañado de varios de ellos hizo excursiones á las comarcas cercanas, predicando el pueblo su doctrina. En una de estas excursiones visitó, según todas las tradiciones, la ciudad de Sravasti, á donde había llegado un rico comerciante llamado Sudata y por otro nombre Anata-Pindada. Este comerciante, habiendo pasado por Radyagriha con muchos carros cargados de mercancías, había oído hablar á Budha, y conmovido de su doctrina había hecho valiosos regalos á la orden y obtenido del maestro la promesa

de ir á visitarle á su ciudad, situada en el país de los cosalas. Allí adquirió el comerciante un jardín hermosísimo y vasto, por el cual, según dice la leyenda, pagó al propietario, que era Jetar, hijo del rey, tantas monedas de oro como eran menester para cubrir la superficie, dejándole además el edificio delantero. Allí construyó Sudata una *vihara* ó convento magnífico y perfectamente montado, según un modelo ó plano dado, interior y exteriormente. Cuando todo estuvo preparado envió un mensajero al Budha para invitarle á ir.

La recepción fué pomposa, como la de un po-



El rey Catravartin y sus siete joyas. (Museo de Madrás.)

deroso soberano. Abrieron la marcha quinientos jóvenes conducidos por el hijo del donador. Seguíanles las dos hijas de Sudata con quinientas doncellas que llevaban banderas de colores. Tras ellas iba la esposa del donador con quinientas matronas que llevaban jarras llenas de agua perfumada y tras éstas iban Sudata con quinientos hombres vestidos como todos los demás con sus trajes de los días de fiesta. Al juntarse con el Budha, que iba precedido de una sección de discípulos legos y seguido de su comunidad de monjes, condujéronle al convento y jardín, los cuales, según la leyenda, al entrar el santo quedaron como él inundados de brillante luz. Entonces se dirigió el donador á Budha, saludándole respetuosamente, y echando agua de una copa de oro en las manos del maestro, dijo: «Con esto hago donación de este convento y bosque de Jetar á la orden de los bhixus con Budha por jefe, á él y á todos los suyos desde ahora para siempre.»